

Ignacio Zaragoza y la Batalla del 5 de
Mayo en Puebla

Carrera militar de quien ahorcó los hábitos — Nuevas posiciones de los republicanos — Aterradora hecatombe — Los mexicanos atienden esmeradamente a los heridos franceses — Superiorísimos elementos de los invasores
Parte de la batalla — El general Porfirio Díaz en la acción — Denuedo de los atacantes —
Bajas de los ejércitos contendientes — Los indígenas enmudecían para no dar informes al enemigo — Balandronadas de Lorencez y descalabro — Napoleón le ratifica su confianza y en seguida le fulmina a recriminaciones — Aun en campamentos reaccionarios fué celebrada la victoria de Puebla

CAPITULO XVI

**IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA
DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA**

"Es imposible conquistar a un pueblo
que desprecia al conquistador".

LIN YUTANG.

EL general Ignacio Zaragoza, ocupaba desde abril de 1861 el cargo de ministro de la Guerra en el gabinete del Presidente Juárez; pero, al perfilarse como inminente la amenaza de conflicto extranjero, dejó la cartera para ponerse a la cabeza del ejército de Oriente y, con su fulgurante y vertiginosa actuación al frente de él, alcanzar la inmortalidad en el firmamento de nuestra historia.

CARRERA MILITAR DE QUIEN POR SU FAMILIA ESTABA
DESTINADO A TOMAR LAS ORDENES SACERDOTALES

Zaragoza vió la primera luz el 14 de marzo de 1829, en Bahía del Espíritu Santo, perteneciente a Texas —por aquel entonces de México y hoy, como una de las tristes consecuencias de la inicua guerra del 47, de la vecina Unión Norteamericana.

Su familia tenía destinado al sacerdocio, por el que nuestro héroe no sentía ninguna vocación.

Así, pues, prefirió ocuparse en el comercio, actividad a la que se dedicaba, cuando sorprendió la creación de las guardias nacionales, en las que se dió de alta y llegó a alcanzar el grado de sargento. Siguió ascendiendo por méritos contraídos en el servicio y, al acaecer la revolución de Ayutla, en 1853, cuando ya ostentaba las espiguillas de capitán, adhirióse a ella y por tanto al partido liberal, al que siguió consagrado hasta su muerte, y fué uno de los más fervorosos paladines de la Constitución de 1857.

En su carrera sucedense los hechos de armas en que se distingue; hasta que, aquilatadas sus virtudes militares, el Presidente de la República le llama, en abril de 1861, a desempeñar, como ya decíamos, el puesto de ministro de la Guerra. Pero en cuanto se condensa en el horizonte el borrascoso nublado que anuncia la contienda internacional, encomiéndasele la jefatura del ejército de Oriente, que asume el 21 de febrero de 1862, y que iba a brindarle la oportunidad de alcanzar la más brillante victoria de toda la guerra de segunda independencia, o sea la de la batalla del 5 de mayo en Puebla.

Debe advertirse que si el general Zaragoza hubo de ocupar posición tan culminante, fué debido a que el general José López Uruga, a quien correspondía, amilanado con el poderío de las tropas expedicionarias, frente al cual opinaba que México no disponía de medios de defensa, lo declaró así sin ambages y fué relevado de aquella jefatura.

(El derrotista Uruga, defeccionó de las filas republicanas, posteriormente).

NUEVAS POSICIONES DE LOS REPUBLICANOS Y ESPANTOSA CATASTROFE QUE DIEZMA SUS FILAS

El general Porfirio Díaz, refiérese así a los movimientos ejecutados por aquellos días: "Entretanto se verificaron las conferencias de la Soledad, que dieron por resultado la retirada del ejército hasta San Andrés Chalchicomula, y la ocupación pacífica por el enemigo de las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacán. El núcleo principal del Ejército mexicano, se colocó en San Andrés Chalchicomula, y mi Brigada, reforzada por uno de los Batallones de la Primera, se estableció como puesto avanzado, con dos baterías de batalla, en la cañada de Ixtapa y Cuesta Blanca.

"El 6 de marzo de 1862 tuvo lugar en San Andrés Chalchicomula una verdadera hecatombe causada por imprevisión de los jefes respectivos y de la cual fué víctima la 1ª Brigada de la 1ª División, compuesta exclusivamente de fuerzas de Oaxaca. Se dejó en la Colecturía, en donde se alojó la 1ª Brigada, una gran cantidad de municiones, las cuales se incendiaron en la noche, probablemente con alguna chispa de las fogatas que hacían las mujeres de los soldados para condimentar su rancho, causando la muerte de 1,042 soldados y 475 mujeres, quedando heridos más de 200 soldados y más de 500 entre los vecinos de la población, próximos al lugar del incendio".

LOS HERIDOS FRANCESES AL CUIDADO DE MEXICANOS RECIBIAN TODO GENERO DE CUIDADOS Y ATENCIONES

Desocupada Orizaba por los españoles el 18 de abril, el general Zaragoza tomó posesión de la plaza el 19, y la tarde de ese mismo día, en que los franceses libraron un combate con una fuerza mexicana de a caballo, al cruzarse Jurien de la Gravière con el carruaje en que el general Prim, ya de salida, viajaba con su esposa, el contraalmirante preguntó confuso, al conde de Reus: —¿Cómo van nuestros heridos?

A lo que el español, repuso: —Los visité esta mañana antes de salir. Van a maravilla.

¡Y precisamente la dolosa suposición de que los soldados franceses que, heridos, permanecían en Orizaba, al amparo de "los salvajes mexicanos", fué el fútil pretexto que los jefes franceses alegaron para hollar los solemnes compromisos a que por su honor se ligaron!

Rotas de hecho las hostilidades, estimase que Lorencez contaba con aproximadamente siete mil franceses a sus órdenes.

Las fuerzas del ejército mexicano de Oriente encontrábanse esparcidas desde Jalapa hasta Tehuacán, y estaban en su mayoría compuestas de indígenas poco menos que desnudos, con pésimo armamento, en gran parte cogidos de leva y mal alimentados, pero frugales y valerosos hasta la temeridad.

La principal acción librada al irse retirando los patriotas desde Orizaba en dirección a Puebla, punto donde debería oponerse una formal resistencia a los intrusos, fué la de las Cumbres de Acultzingo; donde el general Zaragoza y dos mil hombres que a sus órdenes llevaba, fueron rechazados el 28 de abril. Este hecho de armas se prolongó por espacio de tres horas, y el general Zaragoza, una vez sufrido el descalabro, replegóse a San Agustín del Palmar, de donde continuó la marcha rumbo a Puebla.

AUNQUE CASI EQUILIBRADOS EN NUMERO, FRENTE A PUEBLA LOS FRANCESES CUENTAN CON MAS ELEMENTOS

Aunque bien es cierto que al ocupar la ciudad los efectivos republicanos descomponíanse de la siguiente manera: 161 jefes, 767 oficiales, 8095 de tropa, 1482 caballos y 818 acémilas, calcúlase que en la defensa no participaron sino aproximadamente cinco mil hombres.

Los efectivos de los expedicionarios, rebasaban esta última cifra en poco menos de doscientos individuos; pero si las tropas contendientes estaban equilibradas en cuanto al número de éstos, la superioridad de los franceses, por los elementos bélicos de que disponían, modernísimos y abundantes, era infinita.

Sin embargo, los defensores de la patria se batieron con tal decisión y con tal denuedo, que alcanzaron un triunfo definitivo sobre aquel ejército que se llamaba invicto y que veía con desprecio al que componían los patriotas, tan lleno de entusiasmo, como privado de los recursos más indispensables.

De allí que su comportamiento y su victoria, sean más dignas aún de admiración y de alabanza.

EL PARTE DE LA BATALLA RENDIDO POR EL GENERAL ZARAGOZA AL SUPREMO GOBIERNO

Sobre la acción, en que se coronaron de laureles aquellos bravos que, sin medir las desventajosas condiciones en que estaban para resistir el embate de quienes la fama consagraba como los primeros soldados del mundo, así por su arrojo como por su equipo, nada más elocuente, en su sobriedad, que el parte rendido por el general en jefe. Dice así:

"Ejército de Oriente.—General en Jefe.

"Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las cumbres de Acultzingo, llegué a esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte a usted. El enemigo me seguía a distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado a retaguardia de aquél la 2ª Brigada de Caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar la fortificación de la plaza que hasta entonces estaba descuidada.

"Al amanecer del día 4 ordené al distinguido General C. Miguel Negrete, que con la 2ª División de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, ocupara los expresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña.

"El mismo día 4 hice formar de las Brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid tres columnas de ataque, compuestas: la primera de 1,082 hombres, la segunda de 1,000 y la última de 1,020, toda infantería, y además una columna de caballería con 550 caballos que mandaba el Ciudadano General Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José, hasta las doce del día, a cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

MARCHAN A LA LINEA DE BATALLA QUE SE LES FIJO AL DESPUNTAR DEL DIA SIGUIENTE LAS TROPAS

"A las cinco de la mañana del memorable 5 de mayo, aquellas fuerzas marchaban a la línea de batalla que había yo determinado, y verá usted marcada en el croquis adjunto; ordené al Ciudadano Comandante General de Artillería, Coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola a disposición del Ciudadano Comandante Militar del Estado, General Santiago Tapia.

"A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus colum-

nas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4,000 hombres con dos baterías, y otra pequeña de 1,000, amagando nuestro frente. Este ataque que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia, que la Brigada Berriozábal a paso veloz reforzara a Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo Carabineros de a caballo, fuera a ocupar la izquierda de aquellos para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al Batallón Reforma, de la Brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que a cada momento se comprometían más en su resistencia. Al Batallón de Zapadores de la misma Brigada le ordené marchase a ocupar un barrio que está casi a la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida a una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas ejecutaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada a la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga. Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

EL GENERAL PORFIRIO DIAZ TOMA PARTE EN LA ACCION Y RECHAZA LA COLUMNA ENEMIGA

"El ciudadano General Díaz con dos cuerpos de su Brigada, uno de la de Lamadrid, con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron a la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones; ella se replegó hacia la hacienda de San José Rentería, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente a defenderse, pues hasta habían claraboyado la finca; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban tenían más fuerza numérica que la mía; por tanto mandé hacer alto al Ciudadano General Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité a conservar una posición amenazante.

"Ambas fuerzas beligerantes estuvieron a la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada a su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra a la línea.

"La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente; y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, sí aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos, y ocho o diez prisioneros.

"Por demás me parece recomendar a usted el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar patentiza su brío y por sí sólo los recomienda.

BATIERONSE LOS FRANCESES CON DENUEDO PERO SU JEFE MOSTRO TORPEZA AL ATACAR

"El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su General en Jefe se ha portado con torpeza en su ataque.

"Las armas nacionales, Ciudadano Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al Primer Magistrado de la República por el digno conducto de usted, en el concepto de que puedo afirmar con orgullo que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército Mexicano durante la larga lucha que sostuvo.

"Indicaré a usted, por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar a las Brigadas O'Horán y Carbajal a batir a los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño Cuerpo de Ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

"Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que a ella concurrieron.

"Libertad y Reforma.

"Cuartel General en Puebla, a 9 de Mayo de 1862.—I. Zaragoza.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—México".

Las bajas sufridas por los ejércitos combatientes, fueron las que a continuación se explican.

Los sostenedores de la independencia patria: 83 muertos, 132 heridos y 12 dispersos.

Los invasores, a creer el parte oficial relativo: 16 oficiales y 156 hombres de tropa, muertos; 132 heridos y 12 dispersos.

HERMETISMO DE LOS VIANDANTES INDIGENAS E IMPORTANCIA DEL TRIUNFO TENIDO EN PUEBLA

Los senderos que tenían que recorrer los expedicionarios, y que los clericales les pronosticaban que alfombraríanse de lozano follaje y de pintadas flores a su paso, empezaban a aparecer erizados de punzantes espinas. El pueblo mexicano, en lugar de darles la bienvenida con palmas y con rosas, disparaba sobre ellos mortífera metralla; y hasta los indígenas más rudos mostrábanse herméticos y reacios a tener tratos con quienes brutalmente hollaban el suelo de la patria, y cuantas veces podían esquivaban su vista.

"Los indios que encontrábamos, dice el príncipe Bibiesco, sea porque no han tenido tiempo de evitarnos, o porque tienen el valor de pasar al través de nuestras filas, son de un mutismo tal que a veces se ve uno tentado a creerlos privados de inteligencia. A toda pregunta que se les hace, aun cuando sea si hay agua o leña en el pueblo, o si acaban de pasar las tropas mexicanas, responden invariablemente: "**¡Quién sabe, señor!**" con una sonrisa hipócrita. Hay evidentemente de su parte una resolución tan bien formada de reducir toda su ciencia a esas tres palabras, que a la pregunta hecha a que ma ropa: "¿Tienes mujer e hijos?", nos dió uno de ellos absolutamente la misma respuesta: "**¡Quién sabe, señor!**".

¡Con cuánta razón dos meses después el comandante Magnin, escribía al mariscal de Castellane: "El Emperador ha sido indignamente engañado por su ministro M. de Saligny u otros, sobre la situación del país; estamos sosteniendo una causa que ya no cuenta ni puede ya tener partidarios, tenemos a nuestra zaga gentes tales como Almonte, Miranda y otros que inspiran horror en el país y que nos hacen detestar hasta de nuestros compatriotas. Aquí se requieren otro general y otro ministro, y en seguida mucha gente. Pero aunque fuéramos 50,000, entráramos por todas partes y fuésemos a México, no contaríamos con un solo partidario!"

Estérilmente los promotores de la intervención ponían todos sus afanes en empequeñecer el triunfo alcanzado por el general Zaragoza el cinco de mayo, en Puebla, sobre Lorencez, que apenas el 29 de abril anterior había recibido la noticia de su ascenso a general de división investido del mando supremo; noticia que no ha de haber regocijádole menos en su fuero interno, ya que así se desautorizaba a Jurien de la Graviere por haber entablado negociaciones con el gobierno de la República.

MAYOR ERA EL RIDICULO POR EL POCO TIEMPO TRANSCURRIDO DESDE LA GASCONADA DE LORENCEZ

La derrota sobrevenía cuando contábase diez días escasos desde aquél en que el jactancioso Lorencez lanzara la descomunal fantarronada: "Tenemos sobre los mexicanos —decía en comunicado oficial al ministro de la Guerra—, tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimientos, que suplico a V. E., se sirva decir al Emperador que desde ahora, a la cabeza de sus 6,000 soldados, soy dueño de México..."

Como es de suponer, entre los antintervencionistas de Francia, que no eran pocos, la noticia del fracasado intento de apoderarse de Puebla, fomentó los ataques y la censura contra los autores de la peligrosa empresa.

A despecho de todo, Napoleón disimuló su contrariedad, y dió a la estampa una carta abierta, dirigida a Lorencez, en que a la vez que recordaba cómo, en toda campaña militar, alternan con las victorias los reveses, sin prescindir de su eterna hipocresía, continuaba persistiendo en que nada era más ajeno a su designio, que el obligar al pueblo mexicano a aceptar un gobierno que se le impusiera. Era así como, el trapacero monarca, expresábase el 16 de junio de 1862:

"Mi querido general: Prodújome regocijo el enterarme del brillante hecho de armas de las Cumbres y pena el malogro del ataque a Puebla. Propio de la guerra es ver que algunos reveses oscurezcan los éxitos magníficos, pero que esto no os descorazone: el honor del país está comprometido y se os sostendrá con todos los refuerzos que pudiereis necesitar. Expresad a las tropas mi completa satisfacción por su valor y por

su perseverancia al soportar fatigas y privaciones; mientras más lejos se encuentren, mayor será la solicitud que les dedique. Aunque vuestra conducta no haya sido de todos comprendida, cuenta con mi aprobación. Habéis hecho bien en proteger al general Almonte; estando en guerra con México, cuantos vinieren a refugiarse a la sombra de nuestra bandera, tendrán el mismo derecho a nuestra protección, pero esto no debe influir para nada en nuestra política futura. Es contrario a mis intereses, a mi origen y a mis principios, imponer un gobierno al pueblo mexicano. Que escoja con toda libertad la forma que le convenga, yo no le pido más que sinceridad en sus relaciones exteriores, y sólo una cosa deseo: la felicidad y la independencia de ese bello país bajo un gobierno estable y normal".

No debe dejarse pasar inadvertido que Napoleón III afirmaba, públicamente y sin ambages, "estar en guerra con México", no con una facción codiciosa de poder. Palabras solas que bastarían, aparte su odiosa y criminal conducta, ya de todos juzgada; para condenar a los intervencionistas como enemigos jurados de su patria de origen.

LAS PELIGROSAS INTRIGAS DE DUBOIS DE SALIGNY HACEN CONTRADECIRSE Y RECTIFICAR A NAPOLEON

Pero muy pronto, a la llegada del informe del temible intrigante Dubois de Saligny, Napoleón habría de contradecirse, al cambiar de dictamen y hasta de tono; sino es que la carta abierta no constituyó más que una estratagemá para encubrir a los ojos de Francia, los enormes riesgos, ya del emperador estimados, que la intervención suponía, y la necesidad de comprometer en la aventura un más numeroso ejército, al mismo tiempo que incalculables sumas de dinero.

Lo cierto es que Napoleón, días más tarde, y por conducto del ministro de la guerra, dirigíase a Lorencez en los términos siguientes:

"El Emperador admira el valor desplegado por las tropas, pero no aprueba el imprudente ataque a Puebla, ni el empleo de la artillería contra fortificaciones a 2.500 metros. Censura vuestra actitud con respecto a M. de Saligny; cualquiera que pudieren ser sus yerros, es el representante del

Emperador y tiene derecho a vuestras consideraciones. Debéis asimismo colmar de deferencias y de atenciones al general Almonte, y además a todos los mexicanos que a nosotros se acogieron. No será tratándoles con aspereza como os procuraréis simpatizadores. Hay que pagar y armar a los auxiliares mexicanos y mostrarles confianza".

En el fondo, el letárgico soberano ha de haber empezado a convencerse de que las palabras que acompañaron la demanda de pasaporte del ministro mexicano Lafuente, estaban impregnadas de una abrumadora fuerza profética:

"México, había escrito el representante diplomático de Juárez a Thouvenel, podrá ser conquistado pero no avasallado, y no será conquistado sin antes dar pruebas del valor y de las virtudes que se le niegan. México, que no aceptó ni quiso por rey a su libertador, no aceptará jamás una monarquía hereditaria. Monarquía que si es difícil de crear más difícil será de mantener. Semejante empresa, si ruinosa y terrible para nosotros, lo será aún más para sus promotores".

LA RESONANCIA QUE LA ESPLENDOROSA VICTORIA ALCANZO EN LA REPUBLICA FUE INDESCRIPtible

Si la jornada del Cinco de Mayo tuvo que influir decisivamente para que en el Viejo Mundo variaran las erróneas e injustas opiniones con respecto a México imperantes; la influencia que este glorioso hecho de armas ejerció en el entusiasmo patriótico de toda la nación, no fué menos profunda.

Los defensores de Puebla, desde los generales hasta los individuos de tropa, así como también quienes habíanse batido en la batalla de las Cumbres de Acultzingo, fueron declarados beneméritos de la patria, y a todos ellos les condecoró el gobierno.

Resolvióse, además, patentizar la gratitud de la República hacia el heroico Zaragoza, con el presente de una espada de honor, que debería ser costeadá por suscripción nacional. Homenaje que, como ya se verá, por la prematura muerte del general en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, no llegó a ser rendido.

Tan inesperada había sido la victoria de las armas mexicanas sobre las fogueadas fuerzas francesas, que consiguió

conmover aún a clericales tan recalcitrantes como Zuloaga y como Cobos. Este, en uno de los períodos de un manifiesto que expidió el 20 de julio de 1862, expresábase, desde San Thomas, con las palabras siguientes:

"El rechazo de Guadalupe, no causó pena ni disgusto en nuestro cuartel general; por el contrario se notaba en los más cierta satisfacción de orgullo nacional, que a nadie de los que mandaban inspiró recelos. Aun tengo entendido que en Chie-tla, en alguna reunión de jefes, se brindó por el valor de los mexicanos al frente de un ejército que ha aspirado a preponderar en la guerra, y cuyas huestes, que ostentan con orgullo en sus pechos las glorias de Magenta y Solferino, fueron rechazadas y obligadas a retroceder en mal estado treinta y cuatro leguas... ¿Y cómo podía yo no celebrar también una gloria que tocaba a la nación y no a ninguno de sus partidos? Lo repito: de todo esto me sentía regocijado y me felicitaba de ver el mismo espíritu en todos mis compañeros".

IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA

—Continúa y concluye—

Magnánima hidalguía con los vencidos — Voto de gratitud elevado por los franceses residentes en Puebla — Lo importante para el clero era el exterminio de los enemigos — La salvación de las almas le tenía sin cuidado — La influencia de la rutina sobre las más groseras supersticiones — Juicios torpes y contradictorios de los filibusteros que vinieron a pescar en río revuelto — El asombroso valor de los defensores de la patria — Hay un momento en que hasta el estrafalario don José Zorrilla exalta el arrojo mexicano